

R I P I O S

Vamos trillando caminos
de cara a la eternidad.
¡Qué lejos, ¡ay!, los espinos
de nuestra quimera están!

Cuantas sombras hemos visto
y cuantos soles soñamos.
¡Hasta los clavos de Cristo
con nuestra sangre manchamos!

Qué pocas noches nos quedan
para contar los luceros.
Todas las zarzas se enredan
al árbol de nuestro empeño.

Y, en nuestros secos rastrojos,
-milagro del corazón-,
aun quieren ver nuestros ojos
los Magos de la ilusión...
... ..

Vamos trillando caminos
de cara a la eternidad.
¡Qué lejos, ¡ay!, los espinos
de nuestra quimera están!

Manuel OSTOS GABELLA

La Revista de Extremadura



ACE breves días, me vi sorprendido, con el mayor agrado, por una carta, tan inesperada, como agradecida, de uno de los alumnos más distinguidos que salieron de ese Instituto, Tomás Murillo Iglesias, de los cuales, aún, queda un plantel lucidísimo, y que tiene, en su haber, verdaderos valores que han contribuido, eficazmente, a la evolución progresiva que ha experimentado Cáceres, y por irradiación, toda la provincia, debida a una serie de elementos y circunstancias, de que careció, hacia muchos lustros, por no decir, siglos.

Aún, alcancé yo, a mi llegada a esa interesante ciudad, que conservaba, casi intacta, como en un relicario, la historia monumental y gloriosa de que gozó, en siglos pretéritos, voceros mudos y elocuentes, aunque parezca paradójica, de las civilizaciones sucesivas que marcaron las grandes etapas de nuestra agitada historia patria.

Aquella vida durmiente, monótona, rutinaria y, desde luego, inútil, en la que los hombres vegetaban y la juventud, inteligente y despierta se consumía en agobiante abulia, sin más ilusión que la del Casino, la caza y las tertulias, a las que, indolente, se entregaba matando caza y, también, matando tiempo.

Pero, la generación a que me refiero supo defenderse, heroicamente, de aquel ambiente, empleando sus envidiables energías intelectuales, con el mayor éxito, surgiendo de ellos abogados, hombres de ciencia, artistas, ingenieros, filósofos, astrónomos y sociólogos, que pusieron a presión su voluntad y su inteligencia para manifestar su valer, en todos los aspectos del trabajo, fundando y dando calor a Centros culturales, como el Ateneo, publicaciones denunciadoras de un despertar fecundo, que facilitaron a Cáceres el reconocimiento de sus derechos, hasta entonces injustamente desconocidos, para figurar, en la vida nacional, como un elemento valioso, que contribuía a su sostenimiento económico y no recibía las atenciones oficiales, a que tenía derecho, como las demás regiones esñpaolas.

En su carta, Tomás Murillo, recuerda aquella «Revista de Extremadura» que leyera, cuando niño, de gran acogida y justa fama, tanto en España como en el extranjero, conservando aquellas impresiones infantiles en su edad madura, presentándomelas como motivo de una Crónica que no deja de ser oportuna, puesto que de todos sus fundadores y redactores, soy yo el único sobreviviente, animándome a ello, y recordando su lista, cuya lectura produce, en mí, añoranzas de aquellos compañeros y amigos que ya desaparecieron, y a los que no tardaré mucho tiempo en seguir, por tan seguro camino.

Y voy a complacerle, empezando por exponer datos curiosos, sobre cómo se gestó aquella publicación, muy interesantes y dignos de ser conocidos.

La célebre y acreditada farmacia de Don Joaquín Castell, hombre de gran cultura y ejemplo de sumá voluntad para el trabajo, tenía, como todas las de su clase, una rebotica-laboratorio, a la que acudíamos, después del cotidiano paseo, algunos catedráticos, muy pocos, reducidos al mallorquín Don Gabriel Llabrés y yo y el Auxiliar del Instituto Don Juan Sanguino Michel, el cultísimo Registrador de la Propiedad, Don Daniel Berjano, que, con el amigo Castell, «matábamos» un par de horas, dedicadas a discurrir sobre distintos temas alusivos a la historia y vida cacereñas, exponiendo, cada cual sus conocimientos, acuciando nuestros estudios, efectuados, a veces, sobre el terreno de restos arcaicos, romanos, árabes o medievales, pétreos y sólidos documentos que intensificaban hechos históricos de Cáceres, como sus palacios, sus torres y sus escudos frontales, que proclaman, continuamente, nombres ilustres que, tanto en España como en América, desempeñaron los papeles más destacados y prominentes.

Recuerdo un incidente, verdaderamente gracioso, ocurrido en Mérida, a donde hicimos una excursión de estudio los de la tertulia, consumiendo las horas, en la visita a aquella histórica ciudad, joyel suntuoso de la civilización romana, sin darnos cuenta de nuestro cansancio físico, por el continuo andar, procurando aprovechar la media hora que nos quedaba para tomar el tren en que habíamos de regresar, para visitar un cementerio situado al lado del Circo Romano, dándonos cuenta de que nuestro compañero Llabrés, que se había quedado atrás, no se incorporaba a nosotros, y al volver la cabeza y verle sentado sobre una piedra milenaria, reclamamos su compañía, permaneciendo impasible en su poco mullido asiento, en el que le encontramos al regresar de nuestra breve visita, y al demandarle la razón de su renuncia a acompañarnos, el mallorquín nos contestó sentenciosamente:

—Cuando yo me canso, como ahora, me salto a la torera la civilización romana y cuantas civilizaciones haya en el mundo—. Sentencia en un catedrático de Historia que nos dejó «convencidos», al parecer, respetando su opinión.

Uno de los asistentes a la tertulia, cuando sus habituales ocupaciones profesionales en la Audiencia, se lo permitían, era mi inolvidable amigo Publio Hurtado, que, como su hermano Don Antonio, poeta eminente, que residía en Madrid, honraron, tanto a Cáceres como a toda Extremadura, se hizo, al fin, asiduo a nuestras reuniones, y en una de ellas, Berjano y Castell, plantearon el proyecto de la fundación de una Revista, donde se plasmasen nuestros silenciosos trabajos, con la cooperación de valiosas firmas extremeñas, que nos ayudarían en la publicación, aprobándose la propuesta, por unánime aclamación, con el mayor entusiasmo, y poniendo manos a la obra, proclamamos, desde luego, Director de la non nata Revista a Publio, que, con gran energía y no menos sorpresa nuestra, se negó, rotundamente, a aceptar aquella cariñosa propuesta, proponiendo, sin embargo, que ofreciéramos tan distinguido honor a nuestro amigo el señor Marqués de Castrofuerte, prócer cultisi-

mo que vivía en su palacio, acompañado de su servidumbre, a la que estimaba y protegía, bondadosamente, recreándose en su biblioteca y en la contemplación de sus bien nutridas colecciones, de relojes antiguos, tabaqueras de oro y plata, pinturas de famosas firmas, alhajas, y, hasta cabellosrubios, en sus variados tonos, que recogió de señoras y señoritas de Estocolmo, cuando estuvo en aquella capital representando, como Embajador, a España, en tiempos de Amadeo, haciéndonos notar el proponente, que tan buen amigo, nos ofrecería su apoyo económico para la publicación que, felizmente, no nos fué necesario, por el éxito que alcanzó la Revista, desde el primer número, encargándonos Publio y yo de vencerle, para que aceptase tan honroso cargo, como así sucedió.

El ya gran artista y luego profesor de dibujo del Instituto cacereño, por oposición, Gustavo Hurtado, hijo de Publio, hizo la magnífica portada, un alegórico dibujo en tinta azul, sobre fondo blanco, saliendo el primer número, con gran asombro de todos los cacereños, y hasta del mismo impresor, Jiménez, que con sus cajistas y demás operarios unieron su entusiasmo al nuestro en la espléndida presentación de la «Revista de Extremadura», sobre la base original de nuestra redacción, oficiando Publio como Director efectivo, y repartiéndonos las distintas secciones, una de ellas, la Crónica Local, a cargo de Juan Sanguino, y la Crónica General, al mío.

El éxito de la Revista, cuyo primer artículo estaba firmado por el gran historiador y epigrafista alemán Doctor Hubner, y los trabajos de los que formábamos la redacción, motivó inmediatamente, que recibiéramos infinidad de felicitaciones en la prensa y de particulares, y trabajos que leíamos, en comunidad, seleccionando los que considerábamos dignos de ser publicados, dada la categoría que había alcanzado nuestra Revista, surgiendo colaboradores tan eximios como el benemérito arquitecto de Plasencia, Don Vicente Paredes, gran investigador de la época romana, sobre la que publicó estudios muy interesantes que le valieron que la Real Academia de la Historia le nombrara Académico Correspondiente de la Corporación, en Plasencia; el filósofo, literato y hombre de ciencia, Mario Roso de Luna; Guillermo Bonilla, culto escritor, recluido en Torremocha, García Plata de Osma, el folklorista más notable de Extremadura; sobre todo, la mayor honra de la Revista, como fué la de haber descubierto a un gran poeta de la más selecta antología de nuestra inimitable literatura, José María Gabriel y Galán, dedicado en el oscuro pueblo hasta que él llegó a Guijo de Granadilla, a las labores del campo y a escribir sus inspirados versos, cuyo conocimiento inició la «Revista de Extremadura», siendo las dos primeras poesías suyas que publicamos «Varón» y «El Cristu Benditu», siguiéndolo, después, muchas más, a quien los amigos íntimos y admiradores, invitamos a la Capital, donde pasó unos días, festejados y admirado por todo el mundo, constituyendo su estancia una ininterrumpida fiesta, obsequiándosele con un histórico banquete, en los salones del Circulo de la Concordia, honrándome los organizadores, para que yo me encargase de ofrecerle el agasajo, en nombre de todos los asistentes, a cuyo sentido ofrecimiento, contestó con la festiva y emocionante

poesía, en lenguaje vernáculo, improvisada pocas horas antes, «En fábula de mi lugar», que fué ruidosamente aplaudida.

La Revista, duró más de diez años, en la que la desaparición y las ausencias definitivas de muchos de sus fundadores, no pudieron contener, aunque, dejó, una estela luminosa y señaló una época, en la vida cacereña, como, después, en otros aspectos, EL NOTICIERO, que, en forma parecida, fundamos cuatro amigos; el primer diario que tuvo Cáceres, y que, durante más de veinte años, hizo campañas inolvidables, en favor de los intereses materiales y morales de Cáceres y su provincia, como la de las Hurdes, la del puente, sobre el Tajo, la de la dotación de agua potable, la de la Cantina Escolar, y tantas otras, que ahora continúan otros periódicos que le han sucedido, que siguen haciendo sonar el nombre de Cáceres, en las altas esferas, donde han de contar con él.

Y aquel transcendental despertar de la vida cacereña, puede afirmarse en justicia, contribuyó, en gran parte la «Revista de Extremadura», a la que, dignamente, siguió otra, «Alcántara», a la que vi nacer, precisamente, en Brozas, que, felizmente, aun vive bajo la dirección de Pedro Romero Mendoza, y en la que «pinchó» mi pluma en sus primeros números, y de la que he leído, con gran placer, algún que otro número atrasado que me envía uno de mis más cariñosos discípulos de aquellos tiempos.

Me dice mi mencionado y dilecto discípulo, Tomás Murillo, que Cáceres se ha transformado, en forma de que, si lo viera, no lo conocería, aunque yo sabía algo de ello, cuando me enteraba de sus Congresos Pedagógicos, Regionales, Económicos y Agrarios, de sus concursos literarios, de la publicación de libros de aquellos incipientes, como Juan Luis Cordero, el mencionado Pedro Romero, etc., todo ello, fruto de la semilla fecunda que unos cuantos entusiastas que sembramos y que una generación, cacereña, cien, por cien, cultivó acuciosamente con los bríos de su inteligencia y de su juventud, borrando una época de inercia, cuyo recuerdo se ha ido esfumando, para bien y honor de todos.

Y esta es, en cuatro plumazos escritos por un nonagenario, la historia de aquella gloriosa publicación, relatada a unos miles de kilómetros de distancia por el más modesto redactor de los redactores y fundadores de «LA REVISTA DE EXTREMADURA» a la que, el destino ha dispuesto que la recordásemos Tomás Murillo y yo, desde esta tierra distante, que no ha menguado, en lo más mínimo, mi cariño a esa otra tierra bendita, donde nacieron mis hijos y duermen el sueño eterno, parientes míos y entrañables amigos, cuyo recuerdo no me abandona nunca.

MANUEL CASTILLO

México, Octubre 1960.

HONORARIOS

—Hay que pagar, madre, al Maestro:

Que la semana ya pasó.

—Le pagaremos, hijo mío,

pues para eso trabajó,

¿Qué te ha enseñado en estos días?

—Que sea un esclavo de mi honor.

—Bien se desvela. Sí, mi vida,

anda a pagarle su lección.

—Hay que pagar, madre, al Maestro;

que la semana ya pasó.

—Le pagaremos, hijo mío,

pues para eso trabajó.

¿Qué te enseñara en estos días?

—Que te ame mucho.—¡Oh buen señor!

¡Cuánto se afana! Sí, mi encanto,

¡corre a pagarle su lección!

—Hay que pagar, madre, al Maestro;

que otra jornada ya pasó.

—Le pagaremos; es muy justo,

pues para eso trabajó.

Y en estos días, ¿qué te dijo?

—Que fuese bueno y ame a Dios.

—Ah, hijo del alma, hoy no hay dinero

para pagarle su lección!

—¿No somos ricos, por ventura?

—Para saldar tal deuda, no.

—Pues, ¿tanto suma?—¡Oh! Quien la adquiere,